

V DOMINGO DE CUARESMA "A"

28 / 29 DE MARZO DE 2020

Hace dos años atrás, la mina de calizo, y alabastro en Ames ofreció abrir sus puertas un día para el público, y tomé el tour en autobús que recorrió la mina y sus facilidades subterráneas. En un momento dado, cuando estábamos muy adentro bajo la superficie de la tierra, el conductor del autobús se detuvo y apagó todas las luces. La oscuridad era total y tan negra que no podía ni ver mi mano a solo una pulgada de mi cara. Se me ocurrió un pensamiento, que cuando las Escrituras hablan de la oscuridad de la tumba, es esto lo que los autores tenían en mente. Una oscuridad absoluta. Las Escrituras de hoy nos colocan en situaciones de oscuridad absoluta: la absoluta oscuridad física de la muerte experimentada por Lázaro cuando su cuerpo yacía en la tumba; la absoluta oscuridad del dolor y la desesperanza de Marta y María; los huesos secos en la llanura de la visión de Ezequiel, en la primera lectura.

Lázaro ha muerto, a pesar de los esfuerzos de sus dos angustiadas hermanas, María y Marta. Juan nos dice que María y Marta saludan independientemente a Jesús con la misma declaración: "Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto". ¿Quién de nosotros que ha orado desesperadamente por una curación milagrosa de un ser querido, y no ha experimentado la misma emoción o ha emitido la misma queja a Dios de Marta y María cuando nuestras oraciones por la salvación de nuestro ser querido ¿han caído aparentemente en oídos sordos de Dios?

Ante la queja suplicante de Marta, Jesús directamente le dice que Lázaro volverá a vivir debido a quién es él. "Jesús le dijo: «Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá: «Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá: y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?» (Juan 11: 25-26). Marta inmediatamente reconoce en el acto que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios. Luego corre a buscar a su hermana Mary.

María con la misma súplica y lágrimas de Marta, Jesús tampoco no le da a ella grandes revelaciones. En cambio, le pide que lo lleven a la tumba. Desde lo más profundo de su corazón, de su amor por Lázaro y de la difícil situación de Marta y María, Jesús entra en la oscuridad de su dolor. Jesús llora. Este profundo detalle revela lo completo, lo total de la participación de Jesús en nuestra humanidad. Aquí está Dios, que es *uno* con nuestro dolor, en nuestra experiencia de una pérdida frente a la muerte física no solo de un ser querido, sino también con los otros tipos de muerte que podemos encontrar: pérdida de relación, pérdida de empleo, pérdida de salud, pérdida de independencia por nombrar algunos ejemplos.

Si nos alejamos de este momento intensamente íntimo entre Jesús, Marta y María, y vamos a nuestra primera lectura del profeta Ezequiel, en donde la muerte sigue siendo el foco central.

La escena previa a nuestra primera lectura es la visión de Ezequiel contemplando una llanura desértica llena de restos esqueléticos de un "ejército" de huesos secos. A diferencia de Lázaro, que todavía su muerte es muy reciente, estos tipos y chicas están realmente muertos. En respuesta a la pregunta que Dios le hizo a Ezequiel que si él cree que estos muertos pueden vivir, Ezequiel responde con fe: **«Tú lo sabes, Señor»** (Ez.37: 3). Dios a su vez responde con las palabras de la primera lectura de hoy, **Y cuando abra sus tumbas y los haga salir de ellas, ustedes, mi pueblo... Yo pondré mi espíritu en ustedes, y vivirán** (Ez.37: 13).

John y Ezequiel nos ofrecen un mensaje de esperanza frente a la absoluta oscuridad, la desesperación, el dolor y la desesperanza que todos encontramos en distintos momentos de la vida: físicos, emocionales y espirituales. El mensaje de Dios es especialmente oportuno cuando nos encontramos en la oscuridad absoluta y las sombrías estadísticas del Coronavirus que están diezmando al mundo entero, a nuestra nación y a nuestro estado. El mensaje es este: **DIOS ES VIDA**. Jesús llama a Lázaro: **«¡Lázaro, ven afuera!»** En la palabra de Dios, pronunciada por la Palabra de Dios, que se convirtió en humano, la oscuridad absoluta y la quietud de la tumba se perfora, y Lázaro sale de la tumba. A la palabra de Dios pronunciada en el Espíritu por Ezequiel, los huesos secos se revisten de carne, se les infunde el aliento a ellos, y vuelven a vivir. Esto es completamente extraño en nuestra existencia como criaturas unida por el espacio y el tiempo. ¡Dios no anda con tapujos o rodeos! Aunque muramos, viviremos.

En la mina de Ames, después de un par de minutos que estuvimos en una oscuridad total, el conductor del autobús encendió las luces y salimos de la oscuridad total de la mina hacia el brillo del sol del mediodía. De la oscuridad absoluta y del temor de estos días, la oscuridad del pecado, Jesús que es la resurrección y la vida— el que ha ido antes de nosotros, abrirá nuestras tumbas, nos llamará sacándonos de su asfixiante oscuridad y estará allí para saludarnos al otro lado.

La pregunta para nosotros es la misma que Jesús le hizo a Marta: **«¿Crees esto?»** (Juan 11:26)

Padre Jim Secora